Guillermo Perrín y Miguel de Palacios

EL DOCTOR MENDOZA

COMEDIA

en un acto y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

EL DOCTOR MENDOZA

EL DOCTOR MENDOZA

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

Guillermo Perrín y Miguel de Palacios

Estrenada con extraordinario éxito en el SALON VENECIA el día 24 de Noviembre de 1908

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1909

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA CARMEN..................	SRA.	BUSTAMANTE.
CLARA...........................		MENDIZÁBAL.
DOÑA TERESA....................		LARXÉ.
JUANA............................		GARCI-LÓPEZ.
EL DOCTOR MENDOZA..........	SR.	LEYVA.
PEDRITO.........................		MUÑOZ.
DON FULGENCIO		ABAD.

La acción en Madrid.—Época actual



ACTO UNICO

Gabinete elegantemente puesto. Puertas laterales y una al fondo que da á una balaustrada de mármol, sobre un jardín. Un velador con periódicos y recado de escribir. Sillas volantes, sofá, etc., etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CLARA, sentada junto al velador y leyendo un periódico de modas. DOÑA CARMEN, saliendo de la primera lateral derecha, al mismo tiempo que JUANA, doncella, aparece por el fondo

CAR. (A Juana.) ¡Ah!... ¿Ya estás aquí? ¿Estaba en casa el doctor?

JUANA Sí, señora. Ha dicho que viene al instante.

CAR. Le habrás dicho que corre prisa.

JUANA Sí, señora, y me ha contestado, que estará aquí, en cuanto despache un reumatismo y dos bronquitis.

CAR. Está bien.

JUANA Pero perdone la señora. ¿Hay algún enfermo en casa?

CAR. ¿Y tú me lo preguntas?... Mi hijo, el pobre Pedrito.

JUANA No lo sabía, señora.

CAR. ¡Qué vas á saber tú! Desde hace bastante tiempo, que le encuentro cambiado, ojeroso, triste, inquieto. ¿No lo habéis notado vosotras? (Dirigiéndose á Clara y á Juana.)

CLARA Yo sí, tía. ¡Pobre primo mío!

CAR. Ya sé, Clara, que tú le aprecias. Y quién no ha de quererle... tan guapo, tan bueno... ¡Un corazón de oro!...

CLARA ¡Y tan cariñoso! ¿Pero, tiene alguna enfermedad grave, tía?

CAR. Debe tenerla.

JUANA Me parece que han llamado á la verja del hotel. Será sin duda el doctor.

CAR. Pues, Juana, vete á avisar al señorito Pedro. (Sale Juana por la izquierda.) Y tú, Clara, déjame á solas con el doctor. Ya te diré después el resultado de la consulta.

CLARA Sí, por Dios, tía... Voy á estar muy impaciente. (Vase por la segunda derecha)

ESCENA II

DOÑA CARMEN y el DOCTOR MENDOZA, por el fondo

CAR. (Yendo hacia el fondo.) Mi querido doctor...

MEN. ¡Señora!... ¿Pero, quién está malo aquí, sin mi permiso? Supongo que usted no será. Tiene usted buen semblante, la vista alegre. ¿A ver el pulso?... (Tomándosele.) ¡Magnífico!... Las pulsaciones, son isócronas. Un verdadero cronómetro. (Sale Juana de la primera izquierda y vase por la segunda del mismo lado.)

CAR. No... Si no soy yo, doctor. Pero siéntese usted. (Se sientan.) Se trata de mi hijo.

MEN. ¿De Pedrito?... Algún empacho. Aceite de ricino en él. El aceite de ricino, es la panacea mejor para los chicos. Malo de tomar... Eso sí; pero con cerveza ó con naranja, pasa al pelo.

CAR. Pero, doctor, usted se olvida de que hace ya más de seis años que no ve á Pedro.

MEN. Es verdad. No me acordaba. Tiene uno tantas cosas en la cabeza...

CAR. Todo el tiempo que le he tenido en Vitoria, perfeccionando su educación primera, con el padre Ramírez... ¡Si viera usted qué padre más santo!

MEN. Bueno, bueno... Dejemos al padre... santo,

y al grano. ¿Qué síntomas ha notado usted en el chico?

CAR. Desde hace un mes le encuentro triste, distraído, preocupado...

MEN. Sí, sí.

CAR. ¿Es alguna cosa grave, doctor?

MEN. Señora, veremos. Tan pronto no es posible hacer un diagnóstico acertado.

CAR. No come apenas y casi todo el día se lo lleva lanzando suspiros.

MEN. Suspiritos, ¿eh?

CAR. Sí, señor... Eso es malo, ¿no es verdad?

MEN. Continúe usted.

CAR. Todas las noches, se las lleva dando paseos por su cuarto. A lo mejor se pone á escribir. Otras veces, habla alto y los ojos le brillan siempre, como si tuviera fiebre.

MEN. Muy bien.

CAR. ¿Cómo que muy bien?

MEN. ¿Qué edad tiene ahora Pedrito?

CAR. Dieciocho años.

MEN. ¿Dieciocho años?... Basta. No necesito ni verle. Tranquilícese usted, señora. Eso no es nada. ¡Dieciocho años!... Lesión en el corazón.

CAR. ¿Algún aneurisma?... ¡Pobre hijo mío!

MEN. Señora... Qué aneurisma ni qué calabazas. Su hijo de usted está enamorado.

CAR. ¡Qué dice usted, doctor!... Eso es imposible. Eso no es verdad. Usted calumnia á mi hijo.

MEN. Mire usted... Esto es un capítulo de la Historia natural, bastante difícil de explicar, pero que, sin embargo, yo voy á ver si me explico. (Pausa.) La vida del hombre tiene tres fases, señora. La primera, comienza cuando el hombre es un muñeco que se deja aprisionar en las mantillas y que se deja traer y llevar y besuquear por la nodriza, por la madre y por todo el mundo que le da por besuquear á las criaturas, yo no sé por qué... pero las besuquean.

CAR. ¡Qué edad más encantadora!

MEN. Ya lo creo. Y, sobre todo, si se diera uno

cuenta de los besos que le dan las señoras. (Pausa.) Lo antedicho, es lo que llamamos la luna de miel de las madres, que se prolonga hasta que el muñeco se estira, hasta que crece y va desarrollándose poco á poco y sus piernecitas se declaran independientes y corren y hacen correr á los demás para evitar que se caiga el muñeco. Pero de pronto, cambia la escena, el muñeco desaparece y en su lugar llega el niño, que revuelve la casa, que se come el azúcar, que tira de las orejas al gato y al perro, que rompe los platos, que se sube encima de los muebles...

CAR. No me hable usted de eso.

MEN. Que en vez de ir al colegio hace novillos y se va al Retiro y se sube á los árboles y se rompe los pantalones, etc., etc. Pero en seguida y sin darse cuenta las madres, el colegial se transforma en mozo y se peina ya, frente á un espejo sacándose la raya, se le alargan los pantalones y esa es la luna rosada que comienza, el joven que aparece, distraído, suspirando como las tórtolas arrulladoras y que concluye por hacer versos muy malos, pero hace versos.

CAR. ¿Luego usted cree que Pedrito?...

MEN. Sí, señora. Pedrito está en la edad de los versos. ¡A ella! Y si no fueran más que versos... Y está en la edad, en que se abraza á las criadas.

CAR. ¡Doctor!

MEN. Es que se abraza á una escoba con faldas y perdóneme usted, pero los médicos tenemos que ser muy claros. A este estado, verdaderamente psicológico, le llamamos los doctores... crisis.

CAR. ¿Crisis?

MEN. Un hombre me comprendería en seguida, señora.

CAR. No, si yo le comprendo á usted.

MEN. Es usted viuda y no me extraña.

CAR. Lo que yo le digo á usted es que mi Pedro es incapaz de todo eso. Que es un joven honesto.

MEN. No lo dudo. Es honesto, pero está en plena crisis.

CAR. Un niño que ha estado, como si dijéramos, metido debajo de las faldas de su madre...

MEN. Pues quiere sacar la cabeza, señora.

CAR. Y que á la muerte de mi marido solo me he consagrado á él, sin haberle abandonado ni una hora, ni un minuto.

MEN. Perfectamente.

CAR. Que ha estado seis años aprendiendo el latín.

MEN. Pues de seguro que ya sabe latín y aunque usted ha tomado todas sus precauciones como madre cariñosa, ha sonado la hora.

CAR. ¿La hora de qué?

MEN. Mire usted, señora... No hay que darle vueltas. Esto es como el sarampión. Un poco más tarde ó un poco más temprano, el sarampión llega.

CAR. Esto es horrible. Una extraña que viene á interponerse entre él y yo.

MEN. La Naturaleza es implacable.

CAR. Pero la Naturaleza le dirá que quiera á su madre.

MEN. Sí, señora. La Naturaleza es muy sabia. Le dice que quiera á su madre pero sobre todo le dice que quiera á las prójimas y hay cada prójima...

CAR. Silencio, doctor.

ESCENA III

DICHOS y PEDRITO por la primera izquierda

PED. Buenos días, doctor... Tanto tiempo sin tener el gusto de verle.

MEN. El gusto es mío. ¡Pero qué barbaridad!... ¡Chico!... ¡Lo que has crecido!... ¡Quién iba á conocerte!... ¡Vaya un Pedrito!

PED. Usted me dispensará si le he hecho esperar.

MEN. Nada, hombre; nada. Estaba aquí echando un párrafo con tu madre.

PED. Que no dirá usted que no se conserva fresca y sana.
MEN. Cada vez está más joven.
CAR. Muchas gracias. Hijo mío.
PED. ¿Qué quiere usted, mamá?
CAR. No quiero nada. Unicamente decirte que el doctor desea tener una entrevista contigo.
PED. ¿Conmigo? Pues con mucho gusto.
CAR. Les dejo á ustedes. (A Pedro) Confíate á él. Abrele tu corazón. Es un verdadero amigo.
PED. Pero...
CAR. No te digo más. Confíate á él. (Vase primera derecha.)

ESCENA IV

PEDRITO y el DOCTOR MENDOZA

PED. ¿Qué le pasa á mi madre?
MEN. Vamos á ver, pollo. Siéntate, y vamos á echar un parrafito.
PED. (Sentándose.) Como usted guste.
MEN. ¿Qué tal? ¿Es bonita?
PED. ¿Qué?
MEN. ¡Ella!... ¿La de los ojos azules, negros, garzos ó de color de uva? ¿Cómo los tiene? ¿Son grandes y expresivos? ¿Qué te dicen cuando te miran? ¿Es morena ó es rubia? ¿Todas son buenas, eh?
PED. Yo no sé lo que quiere usted decirme.
MEN. No finjas, hombre; no finjas. Si eso no tiene nada de particular. Si es lo eterno. Vamos á ver, ¿de quién te has enamorado?
PED. ¿Yo? (Aparte.) Estas son cosas de mi madre.
MEN. La verdad. ¿La puedo saber? Si para eso tenemos un corazón, chico. No solo para que late, sino para que nos dé la lata, cuando late por la señora de nuestros pensamientos.
PED. Doctor... Yo lo siento mucho, pero á usted le han engañado.
MEN. A mí, imposible.
PED. Se lo digo á usted formalmente. Yo no es-

toy enamorado. Yo no pierdo el tiempo en esas tonterías.

MEN. ¿Cómo tonterías?

PED. Soy muy joven y no tengo posición para pensar en esas cosas.

MEN. ¿Posición?... A tu edad me importaban á mí muy poco las posiciones y había tenido ya lo menos doce novias y todas formales para casarme en seguida... con las doce, si hubiera podido ser.

PED. En sus tiempos de usted, lo comprendo. La época del romanticismo. Estaría usted días enteros, debajo de un balcón, y aunque lloviera, sin paraguas.

MEN. Y á cuerpo.

PED. ¿Y de todo eso qué le ha quedado á usted?

MEN. Los recuerdos.

PED. Sí, y el reumatismo. Desengáñese usted, doctor. Eso no sirve para nada. Mi sueño dorado, son los pápiros de mil pesetas.

MEN. ¿Pero á tu edad sueñas con los pápiros, como tú dices?

PED. Con dinero se consigue todo. Conozco los tiempos porque atravesamos, y yo no pierdo el tiempo en guiños, ni en pasearle la calle á ninguna Eva, ni en otras estupideces por el estilo.

MEN. Estupideces le llamas á la salsa del amor. Vaya unas ideas que tienes á los dieciocho años. (Aparte.) Pues señor, me he lucido con el diagnóstico que he hecho de la enfermedad de este chico.

PED. Si alguna vez tropiezo con una mujer rica, no le diré á usted que no.

MEN. Alguna vieja.

PED. Y qué más da. Los muebles antiguos no son los peores.

MEN. ¡Y las llama muebles! Hazme el favor de callarte. No digas esas cosas delante de mí. La mujer es la joya más preciada de la joyería del Amor.

PED. Doctor... No sea usted cursi, y sobre todo allá usted. Yo tengo otras ideas. Quiero ser rico y trabajo para serlo. Tengo un proyecto

magnífico... Se lo diré á usted en secreto, pero bajo palabra de honor que no ha de decírselo á nadie, y menos á mi madre, porque no lo comprendería.

MEN. ¿Y qué es ello?

PED. Una sociedad de Seguros mutuos sobre los accidentes y atropellos que producen los automóviles.

MEN. Por ahí no vas mal.

PED. Ya ve usted, un negocio seguro. Ocho ó diez atropellos por día y veinte ó treinta accidentes diarios... Lo que necesito es un socio capitalista, porque para estas cosas se necesita dinero. ¿Usted conoce á Fernández Gómez el banquero?

MEN. Yo no. Ni ganas.

PED. Pues ese es mi hombre. Un hombre audaz, inteligente, que se arriesgue, y ese se arriesga... ¡Y si conociera mi proyecto!... Yo necesito que me presenten á él.

MEN. Pues hijo, que te presenten. (Aparte) Está más loco que un cerrojo y mucho más grave de lo que yo creía.

ESCENA V

DICHOS y DOÑA CARMEN, por la primera derecha

CAR. ¡Pedrito!... Hijo mío... ¿Vas á tomar algo?

PED. No. Ya he tomado un té esta mañana.

MEN. ¡Desayunarse con té!... ¡Qué generación!

PED. Con que doctor... tanto gusto... (Vase primera izquierda.)

MEN. Adiós, pollo.

ESCENA VI

DICHOS menos PEDRITO

CAR. ¿Y qué hay, doctor?... ¿Le ha examinado usted? ¿Está grave?... Aquí tiene usted papel y pluma. (Señalando al velador.)

MEN. ¿Para qué?
CAR. ¿No va usted á recetar?
MEN. Por ahora es inútil. (*Aparte.*) Tendría que hacerlo en un pápiro para que lo tomara.
CAR. Sí. Estoy convencida. Lo que usted ha dicho antes... Una pasión...
MEN. Sí, señora, una pasión... Una mala pasión.
CAR. Ha puesto sin duda los ojos en alguna mujer que no le conviene.
MEN. Las señoras convienen todas, pero... No se alarme usted... Ya volveré por aquí.
CAR. ¿Por qué no se queda usted á almorzar con nosotros?
MEN. ¡Señora!...
CAR. Almorzará usted con Clarita y conmigo.
MEN. ¡Ah!... ¿pero está todavía aquí Clarita con ustedes?...
CAR. Sí, señor. ¿Quiere usted que la llame?
MEN. No. Ya la veré después. Vengo, vengo á almorzar... (*Aparte.*) ¡Oh!... ¡qué rayo de luz!
CAR. Qué, ¿le esperamos á usted?
MEN. No faltaré, señora... y calma, mucha calma... Lo de Pedrito no es nada. (*Aparte.*) ¡Cómo le digo á esta señora que me he equivocado en el diagnóstico! Eso nunca. Hasta luego. Estoy á los pies de usted. (*Vase fondo.*)
CAR. Adiós, doctor. (*Pausa.*) Sí... Una mujer... No hay duda. Una mujer entre él y su madre. He debido figurármelo. ¡Ah... no! Pero yo me colocaré entre él y ella y á ver lo que hacen... ¡Pero Dios mío!... ¿quién será esa mujer?

ESCENA VII

DOÑA CARMEN, JUANA por el fondo y á poco DOÑA TERESA y DON FULGENCIO por el fondo

JUANA Señora.
CAR. ¿Qué hay?
JUANA Los señores de Muñoz.
CAR. Una visita en estos momentos. Que pasen.

(Vase Juana. Con rabia.) ¡Qué ridiculeces sociales! ¡Qué fastidio, qué aburrimiento! (Yendo hacia el fondo.) Mis queridos vecinos doña Teresa... don Fulgencio. (Entrando.)

FUL. ¿Estorbamos, quizás?

CAR. Ustedes no estorban nunca. Siéntense. (Se sientan.)

TER. Estábamos en casa aburridos sin hacer nada y le dije á éste:—Vamos á pasar el rato con Carmencita.

CAR. Muy bien hecho. (Aparte.) Me han tomado por un cinematógrafo. (Pausa.)

FUL. ¿Qué calorcito estos días, eh?

CAR. Sí... mucho calor.

TER. Algo refresca ya por las noches.

CAR. Sí... refresca algo.

TER. Las noches plácidas y tranquilas del verano, ya han terminado. ¡Qué noches de luna más hermosas!

CAR. Sí... muy hermosas.

FUL. Ya nos tenemos que despedir del jardín.

CAR. Sí... ya nos tenemos que despedir.

TER. Y eso que usted este año ha disfrutado poco de él. Pocas noches la hemos visto...

CAR. Sí... muy pocas. (Pausa.)

FUL. ¿Pero qué le pasa á usted, mi señora doña Carmen? He notado que está usted triste.

TER. Y bastante preocupada.

CAR. ¡Ay, Teresa, si usted supiera!

FUL. ¿Pero qué sucede, Carmencita?

CAR. Estoy con un pesar muy grande. Mi hijo...

TER. ¿Pedrito?... ¿Qué?... ¿Está malo?

CAR. A ustedes... bien puedo decírselo. Mis vecinos cariñosos... mis amigos.

FUL. Eso no lo dude usted ni un momento. Cariñosísimos amigos y por usted capaces de todo.

CAR. Muchas gracias.

FUL. No hay de qué.

TER. ¿Pero qué sucede?

CAR. Pedrito está atravesando un gran peligro...

FUL. Vamos... Está enamorado.

TER. Y es natural. ¡Pobre criatura! A los diez y ocho años, ¿qué quiere usted que haga?... ¡Él

primer amor! ¡Oh, qué delicia! ¡Oh, qué hermosura!

FUL. ¿Y quién es la elegida? ¿Se puede saber?

CAR. Ese es el peligro, porque guarda sobre eso una absoluta reserva. Ni á mí, que soy su madre, me lo ha confiado.

TER. La discreción es un rasgo muy sublime.

CAR. El caso es que no sé dónde ni cómo ha podido enamorarse. No va á paseo, no frecuenta los teatros y no ve á nadie absolutamente más que á las visitas que recibimos.

TER. ¡El amor es tan loco!

FUL. ¿Hace versos? Porque así empecé yo.

TER. ¡Fulgencio!

FUL. Perdona, Teresa, era un recuerdo.

ESCENA VIII

DICHOS y JUANA por el fondo con unos mazos de puros envueltos en papel de seda. Se dirige á la primera izquierda

CAR. (Al verla.) ¿Qué hay, Juana?

JUANA Estos cigarros que ha encargado el señorito. Los manda la estanquera de esta misma calle.

CAR. Llévaselos y dile que hay visita.

JUANA Está bien. (Vase primera izquierda.)

FUL. Y á propósito de la estanquera. Dicen que es muy guapa

CAR. Eso dicen.

FUL. Y lo es. ¡Vaya si lo es!

TER. Pero Fulgencio, ¿qué es eso?

FUL. Perdona, Teresa... pero es guapa. (Juana sale de la primera izquierda y vase por el fondo.)

ESCENA IX

DICHOS y CLARA por la segunda derecha

CLARA (Saliendo.) ¡Tía! ¡Ah! ¡Los señores de Muñoz! ¿Cómo están ustedes?

TER. Buenos días, Clarita.

FUL. ¡Señorita! ¡Mis respetos!

CLARA ¡Con permiso! ¿Qué ha dicho el doctor, tía? Estoy con verdadera inquietud por el estado de mi primo. No me ha dicho usted nada. ¿Qué tiene? Ya sabe usted lo que me interesa su salud.

TER. (Con sorna.) ¡Es natural! ¡La pobrecita tiene interés por su primo!

FUL. Me parece que se ha descifrado la charada.

CAR. ¡Dios mío! ¡Cómo no había yo caído! ¿Será esta?

CLARA ¿Pero no me dice usted nada, tía?

CAR. Tu primo no corre ningún peligro, y me voy á permitir darte un consejo. No manifiestes nunca tus sentimientos con tanto interés, porque esas cosas no sientan bien á un señorita como tú.

CLARA ¿Pero yo qué he dicho, tía?

CAR. Vete á estudiar el piano.

CLARA Pero...

CAR. Que te vayas. (Clara saluda y vase segunda derecha.) Ya esta aclarado todo. Cómo no lo he visto antes...

FUL. Y tan claro. Son cosas que no pueden estar ocultas por mucho tiempo.

TER. Habitando bajo el mismo techo, joven linda y mancebo gallardo... ¿qué tiene que suceder?

ESCENA X

DICHOS y PEDRITO primera izquierda

PED. ¡Juana!... ¡Juana!... ¡Ah! ¿Pero son ustedes? Tanto bueno por esta casa.

FUL. ¿Qué tal, pollo?

TER. ¿Qué cambiado está este muchacho?

PED. ¡Juana!...

JUANA (Saliendo.) ¿Manda algo el señorito?

PED. (Yendo hacia ella. En voz baja.) Oye. Que nadie toque á los papeles que dejo encima de la mesa. ¿Has oído?

JUANA Descuide el señorito. (Hablan bajo.)

FUL. Fíjese usted también que habla mucho con la criada.

TER. No se fíe usted de las domésticas.

CAR. Es verdad. Esto es horrible. No saber la verdad... duda una de todo.

JUANA ¿Manda algo más el señorito?

PED. Nada más. (Juana vase segunda izquierda.—Volviendo) ¿Conque qué hay, matrimonio feliz? ¡Les envidio á ustedes!... Siempre juntitos... En eterna luna de miel.

FUL. ¡Claro!... Nos envidia...

CAR. Yo voy á probar. Oye, Pedrito.

PED. ¿Qué hay, mamá?

CAR. ¿No sabes la noticia? (Guiñándoles los ojos á don Fulgencio y á Teresa.)

PED. ¿Cuál?

CAR. No te la figuras siquiera... Cómo es posible... Me ha cogido á mí de sorpresa.

PED. Usted dirá.

CAR. Que tu prima Clara nos abandona.

FUL. Eso es... os abandona.

TER. Es una ingrata... Te deja.

PED. ¿A mí?... Vamos, se marcha á Bilbao con los tíos. Pues hace perfectamente. Se lo iba yo á decir hace unos días... La encuentro algo desmejorada.

CAR. ¡Cá!... ¡si no es eso!... Es que se casa.

FUL. Que se casa.

TER. Que se casa, chico.

PED. ¡Hombre, me alegro! ¿Y el novio es rico?

CAR. Riquísimo.

PED. Tanto mejor. La pobrecilla bien se lo merece.

FUL. ¿Sabe usted que no le impresiona? Me parece que no es la prima la que...

TER. Se ha quedado muy tranquilo.

CAR. Sí... ya lo veo.

FUL. Verá usted cómo salimos conque es la doncellita. (Estos gestos rápidos.)

CAR. Pues hay otra noticia más... Juana, la doncella, también se nos casa.

FUL. También, chico, también.

PED. Pues se conoce que tocan á casarse. También me alegro. Pobrecilla, siempre de don

cella, qué iba á hacer... ¿Verdad, don Fulgencio?

FUL. También es verdad.

TER. Tampoco parece que le importa mucho.

CAR. Tampoco.

FUL. ¿Será la cocinera?

CAR. Calle usted por Dios, si tiene sesenta años.

PED. Yo... si ustedes no mandan otra cosa, les dejo.

CAR. Pero, ¿á dónde vas, hijo?

PED. Voy al estanco de aquí al lado á pagar los cigarros y á echar un párrafo con la estanquera.

CAR. ¿Al estanco?

TER. Va al estanco.

FUL. Va á hablar con la estanquera. No le digo á usted más.

TER. Nosotros también nos vamos, Fulgencio. (Levantándose.)

CAR. ¿Pero á dónde van ustedes con tanta prisa?

TER. Pues vamos un rato á casa de mi sobrino, el banquero Fernández Gomez. (A Carmen.) ¿Usted no le conoce?

CAR. No tengo ese gusto.

PED. (Retrocediendo.) ¡El banquero Fernández Gómez!... (Acercándose á doña Teresa.) ¿Pero es su sobrino de usted el banquero Fernández Gómez?

TER. Primo carnal.

PED. (Aparte.) Primo carnal... (La mira y habla con ella en voz baja.)

FUL. (Al despedirse y en voz baja á doña Carmen.) Créame usted, doña Carmen. Vigile usted á su hijo. Me da mala espina la estanquera. Es una lagartona.

CAR. ¿Pero no es casada?

FUL. Y con un marido muy bruto, pero eso no importa. (Hablan bajo.)

TER. (A Pedrito.) ¡Vamos, calle usted! No me diga usted esas cosas...

PED. Pero si está usted hecha una flor todavía.

TER. Qué malo es usted.

PED. Es necesario que hoy mismo hable á solas con usted, Teresa.

TER. Pero Pedrito... por Dios... que soy casada. (Hablan bajo.)

CAR. De modo que usted asegura que la estanquera...

FUL. Sí, señora... Yo le he visto allí muchas veces y como yo voy también, porque como guapa es guapa y no le diga usted nada á Teresa... al principio no le dí importancia, pero ahora... atando cabos... claro...

CAR. ¡Dios mío!... ¡Una mujer casada!

PED. (A Teresa.) Se trata de mi porvenir, de mi dicha.

TER. ¡Qué imprudencia!... (Aparte.) A estas edades no se repara en nada... Bueno... Sí... Calle usted.

PED. Cuanto antes, Teresa.

TER. (Aparte) Era yo... Era yo la que...

FUL. Nada, doña Carmen. Tranquilidad. Ya haré yo por enterarme y todo lo sabrá usted. Soy su amigo.

CAR. Gracias. Gracias.

TER. ¡Pero vamos, Fulgencio!

PED. Pero nos vamos, don Fulgencio.

FUL. Sí, vamos.

PED. Hasta luego, mamá... (Vase fondo.)

ESCENA XI

DOÑA CARMEN

¡Sí, de seguro, la estanquera! ¡Esto es horrible! ¡Pero cómo mi hijo ha bajado tanto! Y casada, sí, casada. ¡Ah!... pues es lo mejor. Sí; le escribiré al marido y le diré... Señor estanquero... Vigile usted á su mujer que es una coqueta y quiere robarme el corazón de una persona que me es muy querida. Eso es... y no la firmo. . ¡Pero un anónimo!... Es tan cobarde un anónimo... Pero para una madre todos los caminos son buenos. Sí, voy á escribirle. ¡Pobre Pedrito! ¡Perdido! ¡Perdido!

ESCENA XII

CLARA y á poco el DOCTOR MENDOZA fondo. Al salir Clara por la segunda derecha oye las últimas frases de su tía

CLARA ¡Perdido!... ¡Mi primo perdido!... ¡Ah! el doctor. Por Dios, doctor... No me oculte usted nada. ¿Es verdad que mi primo está en peligro de muerte?

MEN. ¡Qué barbaridad!... Pero á tí quien te ha dicho...

CLARA Se lo he oído á mi tía.

MEN. Pobre señora.,. Está trastornada.

CLARA Debe de estarlo, porque á mí nunca me regaña y lo que es hoy...

MEN. Te ha regañado ¿eh? y... ¿por qué?

CLARA Porque como tengo verdadero interés en saber el estado de mi pobre primo, así se lo manifesté y nunca lo hubiera dicho.

MEN. ¡Ah!... Pero, ¿tú tienes verdadero interés por Pedrito?... ¿Y no me lo habías dicho?... (Aparte.) Esta... esta es la verdadera enferma del corazón

CLARA Sí, señor... porque he de ocultárselo á usted. Le quiero...

MEN. Bueno, mujer. No te pongas colorada para decírmelo... El amor no es un pecado... ¿Y él?...

CLARA A él... me parece que tampoco le soy indiferente.

MEN. ¡Ah! Pero, ¿te ha dicho algo?

CLARA No, señor. Ni una palabra. Pero ya sabe usted, doctor, que las mujeres somos maestras en conocer á los hombres cuando les interesamos algo.

MEN. ¡Pobrecita!... Me parece que en esto te andas en las primeras letras.

CLARA ¿Qué dice usted?

MEN. Nada. Que no tengas ningún cuidado. Tu primo está algo enfermo. Tiene una dolencia muy usual en estos tiempos, pero quién

sabe, puede que seas tú la panacea que él necesita.

CLARA ¿Yo?

MEN. Tú y créeme que no ha de pesarte el haberme hecho esa confesión. (Aparte.) Como que no me voy yo á salir con la mía. Sería la primera vez... Ven conmigo y allá dentro prepararemos la receta antes de almorzar.

CLARA No le entiendo á usted.

MEN. Ya me entenderás. Lo que no hace una mujer que quiere, no lo hace nadie. Ven conmigo... Yo lo curo. Vaya si lo curo. Yo no rectifico nunca, pero nunca, mi diagnóstico. (Vanse segunda derecha.)

ESCENA XIII

DOÑA CARMEN, por primera derecha y JUANA por segunda izquierda

CAR. (Con una carta en la mano.) ¡Juana!... Ya está la cartita... ¡Juana!

JUANA Señora.

CAR. Es preciso que busques á alguien que no sea de la casa, para que lleve esta carta y se la entregue al estanquero en propia mano.

JUANA ¿Al estanquero?

CAR. Sí, al de esta calle.

JUANA ¿Espera contestación?

CAR. Ninguna. Que no la lleves tú.

JUANA Descuide la señorita. (Vase por segunda izquierda.)

CAR. ¿Qué no hará una madre por su hijo? (Vase por primera derecha.)

ESCENA XIV

DOÑA TERESA, por el fondo

No hay nadie. Mi marido se ha empeñado en ver á la estanquera para convencerla... porque cree que esa mujer es el amor de Pedri-

to... ¡Si él supiera! Yo no se lo he quitado de la cabeza, porque quería volver aquí, para ver á ese joven y hacerle comprender que en una mujer casada como yo... no se deben poner los ojos. ¡Qué juventud!

ESCENA XV

DICHA y PEDRITO por el fondo

PED. ¡Ah!... ¡Teresa!... ¿Está usted sola?

TER. Sí señor... sola.

PED. Mi existencia está en sus manos, Teresa.

TER. ¡Pedrito, por Dios!

PED. Perdón... Pero cuando se trata de la felicidad de un hombre...

TER. ¡Qué fuego!...

PED. Prométame usted, Teresa, no confiarle á nadie, lo que le voy á decir.

TER. ¡Qué ingenuidad!

PED. Lo va usted á saber todo. Yo no duermo, ni como, ni sosiego pensando...

TER. (Aparte.) En mí... ¡Esto es una locura!

PED. ¡Qué ha de ser locura! Si es un proyecto magnífico. Usted habrá visto el sinnúmero de automóviles que cruzan en Madrid en todas direcciones.

TER. (Aparte.) ¡Quiere comprarme hasta un automóvil!... ¡No!... ¡No!... ¡Es imposible! ¡Qué vas á hacer, Pedrito!... y permíteme que te tutee.

PED. ¡Qué ha de ser imposible! El progreso trae siempre víctimas, pues yo quiero salvar á la humanidad de esos peligros, y aquí de mis seguros.

TER. ¿Cómo?

PED. Es una idea gigantesca que usted puede ser el hada bienhechora de mi porvenir, hablando á su sobrino el banquero, para que sea mi socio capitalista en el grandioso negocio que tengo proyectado.

TER. (Levantándose.) Sí, ¿eh?

PED. Necesito tener hoy mismo una entrevista con

él y le suplico que me recomiende. ¿Lo hará usted?

TER. Será usted servido.

PED. Dentro de un momento estaré en casa del banquero.

TER. Antes estaré yo... Se lo prometo á usted.

PED. Gracias. Jamás he de olvidar que le debo á usted mi porvenir. Adiós, Teresa. (Vase por la primera izquierda.)

TER. Vaya usted con Dios. Tenía razón mi marido. Es la estanquera la que le ha metido en todos estos líos. ¡Qué mujeres hay en este Madrid!

ESCENA XVI

DICHOS y CARMEN por primera derecha

CAR. ¿Habrá vuelto ya mi hijo? ¿Teresa, ¿usted por aquí?

TER. Sí... he venido á... á preguntar si había vuelto mi marido.

CAR. No le he visto.

TER. Como el pobrecito es tan bueno y la ha visto á usted en ese estado, ha ido á hacer gestiones para averiguar si es cierto lo de la estanquera, para que se tranquilice usted.

CAR. ¡Pobre don Fulgencio!

TER. Y yo impaciente por saber el resultado, había venido también á...

CAR. ¡Qué buenos son ustedes!

TER. Pero ya me voy... Puede que esté en casa. Volveremos en cuanto sepamos algo... Adiós. (Vase por el fondo.)

CAR. Hasta luego, Teresa, y tantas gracias. Son unos buenos amigos.

ESCENA XVII

DOÑA CARMEN y PEDRITO por la primera izquierda

PED. ¡Qué contento estoy!

CAR. ¿Adónde vas, hijo mío?

PED. Por ahí... (Aparte.) No la quiero decir nada... La daré luego una sorpresa.

CAR. ¿Pero vas á volver á salir?

PED. Sí, mamá... Voy... voy al estanco á echar una carta...

CAR. ¿Otra vez al estanco, hijo? (Aparte.) No lo puede remediar.

PED. Sí, mamá. (Mutis.)

CAR. Oye... Escucha... Desgraciado... ¿Qué hacer? ¿Qué va á ocurrir?...

ESCENA XVIII

DICHA y DON FULGENCIO con el sombrero apabullado, la corbata deshecha, etc.

FUL. Mi señora doña Carmen, ya estoy aquí. Creí que no llegaba.

CAR. ¿Pero qué le pasa á usted? Don Fulgencio, ¿qué es esto?

FUL. Nada, señora... Por meterme donde no me llaman. Cosas de los españoles.

CAR. ¿Pero de dónde viene usted?

FUL. Pues vengo de casa de la estanquera.

CAR. ¿Y no ha visto usted á mi hijo?

FUL. Sí, en el jardín.

CAR. ¿Pero qué ha hecho usted?

FUL. Que me dió usted lástima. Que le dije á mi mujer, yo hago algo por esa madre.

CAR. ¡Ay! Sí... Ya me lo ha dicho Juana... Muchísimas gracias.

FUL. Que yo no puedo permitir que sufra una madre, y pasé dos ó tres veces por la puerta del estanco y me decidí á hablar con la estanquera y entré y estaba en el mostrador muy guapa, porque como guapa es guapa, ya se lo dije á usted, entré y la dije: Sáqueme usted unos puros para escoger, y me sacó los puros, y mientras los escogía, me acerqué y con cierto mimo, le dije: Joven, usted debe abandonar esa pasión que la consume; usted debe dejar á ese chico, y cuan-

do estaba en esto del chico... ¡paf!... el marido que me echó sobre la cabeza el libro grande, el de *Debe* y *Haber* y... debe haber dos ó tres chichones debajo del sombrero... eso es...

CAR. ¡Dios mío!

FUL. Eso dije yo... ¡Dios mío!

CAR. Ahora me lo explico todo... Claro.

FUL. ¿Cómo que claro?

CAR. ¿Mi carta?

FUL. ¿Qué carta?

CAR. La que le he escrito al marido diciéndole que vigilara á su mujer.

FUL. Y es claro... la vigilaba. Señora... haberme dicho antes que pensaba usted escribirle.

CAR. Si usted me hubiera dicho antes lo que iba á hacer.

FUL. También es verdad.

CAR. ¡Ay, don Fulgencio, cuánto siento!...

FUL. Más lo siento yo.

CAR. Pero... ¡ay!

FUL. ¿Qué pasa?

CAR. Que mi hijo ha ido al estanco, y como el marido está ya escamado...

FUL. Claro... le va á pasar lo mismo que á mí.

CAR. Vaya usted, don Fulgencio, por Dios, y quizás evite usted un día de luto.

FUL. ¿Yo?... ¡Qué voy á volver yo al estanco, señora, si hasta se me ha quitado el vicio de fumar!

CAR. ¿Y qué hacemos?

FUL. Haga usted lo que quiera, que yo me voy á mi casa.

CAR. ¡Pero don Fulgencio!

FUL. A casita que llueve. (Vase fondo.)

CAR. ¡Oh! qué escena más terrible. Si el doctor... Si... ¡Juana! ¡Juana!

JUANA (Saliendo.) ¿Qué manda la señora?

CAR. Vete á avisar al doctor en seguida.

JUANA ¿Se ha puesto peor el señorito?

CAR. ¿A tí qué te importa? (Vase por la primera derecha.)

JUANA Allá voy. (Va hacia el fondo á tiempo que sale el doctor Mendoza del cuarto de Clara, segunda derecha.)

ESCENA XIX

DOCTOR MENDOZA, JUANA y luego PEDRITO por el fondo

MEN. (Saliendo y como hablando con Clara.) Ya lo sabes, Clarita, á una señal mía, sales...

JUANA El doctor.

MEN. ¿Qué hay?

JUANA La señora que me acaba de decir que le fuera á usted á buscar en seguida.

MEN. Pues ya estoy aquí.

JUANA En su cuarto está.

MEN. Perfectamente. Vete.

JUANA Está bien. (Aparte.) Esto no es casa. Aquí se han vuelto todos locos. (Vase por la segunda izquierda.)

PED. (Por el fondo.) ¡Valiente imbécil!

MEN. ¡Ya está aquí mi hombre!

PED. Negarse á escucharme... ¡Idiota! ¡Valientes hombres de negocios!

MEN. ¿Qué te pasa, Pedrito?

PED. Que he ido á casa del banquero, de Fernández Gómez, y no ha querido ni escucharme. ¿Qué le parece á usted?... Y eso que iba bien recomendado por su tía.

MEN. Pues si no llegas á ir recomendado...

PED. Todos mis sueños por el suelo.

MEN. (Aparte) Este es el momento psicológico. (Empieza á hacer señas al cuarto de Clara.)

PED. Voy á tener que empezar otra vez... porque yo no cejo, doctor. Pero, ¿qué hace usted?... ¿Qué visajes son esos?

MEN. Nada, hombre; los nervios que algunas veces se me ponen de punta y...

PED. ¡Un negocio tan magnífico! Doctor... ¿Quiere usted ser mi socio capitalista?

MEN. ¿Yo? ¡Déjame en paz! (Aparte.) Ya sale Clara... Vamos á ver á la madre. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA XX

PEDRITO y CLARA

CLARA Hola, Pedrito.

PED. Hola, prima.

CLARA ¿Qué tienes?

PED. Nada.

CLARA ¿Estás preocupado?

PED. Sí.

CLARA ¿Qué te pasa? Antes me contabas todos tus secretos y ahora...

PED. ¿Para qué quieres saber lo que no entiendes?

CLARA ¿Y qué sabes tú de lo que yo entiendo?

PED. ¿Entiendes tú de negocios?... Qué has de entender... Serás una mujer como todas las demás, frívola, tonta, pensando sólo en modas y en caprichos.

CLARA Las mujeres, Pedro, entendemos de todo, algunas veces más que los hombres; solamente que éstos no nos consultan, creyéndonos inferiores en inteligencia á ellos, y créeme que solemos ver más claro en todo que vosotros. Dios nos ha dado un corazón que raras veces nos engaña. Me preguntas que si entiendo de negocios... ¿y por qué no?... ¿Qué negocio es ese que quieres que entienda... Háblame.

PED. Clara, yo quiero ser rico.

CLARA ¿Y ese es el negocio? Todos los hombres aspiran á serlo; pero hay muchas maneras de hacer fortuna. Explícame los medios que tú has pensado para hacerla. Será trabajando, y honradamente.

PED. Naturalmente. ¿Has podido pensar otra cosa?

CLARA Pues siendo así, lo que hayas pensado, es un buen negocio.

PED. ¿Sí?... ¿Crees tú que sí?

CLARA El hombre necesita ser audaz, atrevido,

siempre dentro de su dignidad. Yo no querría nunca á un hombre que no reuniera esas condiciones.

PED. Así me gusta que seas. Mira... Así me gustan á mí las mujeres.

CLARA Pues lo celebro, y no por que así te gusten á ti las mujeres, sino porque á todos los hombres les sucede lo mismo, y nosotras ¿á qué estamos sino para agradar á los hombres?

PED. Dices bien... Como nosotros para agradaros á vosotras. Esa es la vida.

CLARA Esa debe ser.

PED. Pero volviendo á mi negocio. Para la base de mi fortuna, necesito que me anticipen dinero.

CLARA Naturalmente. ¡Y eso quién lo duda! Como que sin dinero no hay nada. Los negocios hay que empezarlos en grande. No achicarse nunca. Dinero llama dinero.

PED. Eso es lo que yo digo. Tú me comprendes. Si parece que estoy pensando yo... Te estoy oyendo y me parece mentira.

CLARA Mentira, ¿por qué?

PED. Tenía yo una idea formada de todas las mujeres.

CLARA No hay regla sin excepción; y además, ¿á cuántas has tratado tú?

PED. No se necesita tratar á la gente para conocerla.

CLARA Muy bien... á los diez y ocho años ya te permites formar juicio sobre las mujeres, y sin tratarlas...

PED. (Pausa.) ¿Sabes, prima, que me estoy fijando en tí y veo que no eres una vulgaridad? Te creí como tantas otras... pero tú me estás pareciendo en este momento otra cosa, con la que yo, ¿para qué mentirte? había soñado algunas noches en la soledad de mi cuarto.

CLARA ¿Allá... en la soledad de tu cuarto?

PED. Sí, allá en la soledad...

CLARA ¿Soñando?...

PED. Soñando, pero despierto.

CLARA ¿Muy despierto?... ¡Hijo!... Como nunca ha-

bíamos hablado de nada formal, no podías conocerme más que en sueños.

PED. Tienes razón. Y dime... si tú tuvieras dinero, ¿cerrarías los ojos y me lo entregarías para que yo lo manejase, por supuesto, conociendo antes todos mis planes?

CLARA Sin conocerlos te lo daría.

PED. ¿De veras?

CLARA De veras. Te creo honrado y... voy á decirte más. Poco capital tengo, el que me dejó mi padre... pero ya lo sabes, cuenta con él.

PED. Pero, Clara... ¿será verdad?

CLARA ¿Por qué lo dudas?

PED. ¡Prima mía!... Eres un verdadero encanto. Te estoy mirando y la verdad con tantas preocupaciones en la cabeza, no me había fijado ni en tus ojos, ni en tu talle y sobre todo en ese corazón que debes tener tan grande.

CLARA ¡Vamos, no seas tonto! ¡Qué he de tener yo grande el corazón! como todas. Como yo hay muchas mujeres.

PED. Que no...

CLARA Que sí.

PED. Bueno; las habrá, yo no lo dudo, pero yo no las había visto. ¿De modo que cuento contigo?

CLARA Para todo.

PED. Pues voy á contarte mi proyecto.

CLARA Ya te he dicho que no me hace falta, pero en fin, si te empeñas...

PED. Mira... Mejor será que lo pensemos bien. El negocio no está más que esbozado y ahora que tengo dinero... Vamos, que no se deben dar golpes en falso... No voy á exponer yo... Pero, Clara... ¡Ahora que me acuerdo! Si todo esto no puede ser.

CLARA ¿Qué no puede ser? ¿Por qué?

PED. Si me han dicho que vas á casarte.

CLARA ¿Yo? ¿Quién te ha dicho eso?

PED. Quien lo sabe.

CLARA Pues, hijo, yo no sé nada. Puede que me case sin saberlo, pero aunque así fuera, yo no me vuelvo atrás. Lo dicho, dicho está.

PED. ¿Me han engañado?

CLARA Tú sabrás. De todos modos lo mío es tuyo.

PED. No... si mío es como tú quieras que lo sea.

CLARA ¿Cómo?

PED. El dinero de la mujer no lo es del... ¿lo digo?

CLARA Dilo... si lo sientes así... Si no lo sientes no lo digas, porque en este momento acabo de ofrecerte dinero para un negocio y pudiera yo creer que sólo por interés me estabas agradecido y eso es muy feo, Pedro.

PED. Y tan feo... sí, señor... muy feo. Y lo he pensado mejor y no quiero nada... absolutamente nada y como siento lo que voy á decir te diré que .. eso del negocio lo estudiaremos juntos... Yo no aventuro un capital sin una seguridad muy grande, porque un marido no debe.... Ya lo he soltado, prima.

CLARA ¿El qué?... el capital...

PED. No, lo otro...

CLARA Pues no lo recojas... déjalo.

PED. Pues un marido no debe arriesgar el dinero de su mujer. ¿No es verdad?

CLARA Tú sabrás...

PED. ¡Ay, prima mía!... (Abrazándola.) ¡Qué negocio acabo de hacer más redondo!

CLARA Ay, gracias á Dios (y al doctor). ¡Qué trabajo me ha costado! (Se vuelven á abrazar.)

ESCENA FINAL

DICHOS y DOÑA CARMEN y el DOCTOR MENDOZA primera derecha

CAR. ¡Pero doctor!... ¡Ve usted!... Este muchacho está loco.

MEN. De amor Yo no me equivoco nunca en los diagnósticos, señora. Y ahora es cuando necesito la pluma y el papel, porque voy á recetar. (Se sienta junto al velador.)

PED. ¡Mamá!

CLARA ¡Tía!

CAR. Más vale así.

MEN. (Escribiendo.)

De cariño... lo que quieran;
mézclese con pan de boda,
abajo fecha y patente
y firma *El Doctor Mendoza.*

TELON

OBRAS DRAMATICAS DE PERRÍN Y PALACIOS

Villa... y Palos.—Fantasía política-cómico-lírica, en un acto y cinco cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

¡Quién fuera ella.—Cuadro cómico-lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

Solteros entre paréntesis.—Juguete cómico en un acto. Original y en verso.

La Pilarica.—Zarzuela cómica en un acto. Original y en verso. Música del maestro Reig.

De caza.—Juguete cómico en un acto. Original y en verso.

Miss Eva.—Disparate cómico-lírico en un acto, y tres cuadros. Original, en prosa y verso. Musica del maestro Reig.

Tarjetas al minuto.—Juguete cómico-lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Gómez.

E Zaragozano.—Almanaque cómico-lírico-político en un acto y cinco cuadros. Original y en verso. Música del maestro Reig.

Chin-chin.—Disparate cómico-lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

El Club de los feos.—Extravagancia cómico-lírica en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música de los maestros Rubio y Espino.

Caralampio.—Juguete cómico-lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Reig.

Madrid en el año dos mil—Panorama lírico fantástico inverosímil de gran espectáculo, en dos actos y diez cuadros. (Escrito en verso sobre el pensamiento de una novela de Souvestre.) Música de los maestros Nieto y Rubio.

Cuerpo de baile.—Apropósito en un acto. Original y en verso. (En colaboración con Jackson y Prieto.) Musica de los maestro Rubio y Espino.

El siete de Julio.—Episodio madrileño, en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música de los maestros Rubio y Espino.

Don Dinero.—Zarzuela en un acto y cuatro cuadros. Original y en verso. Música de los maestros Rubio y Espino. (Tercera edición.)

Una señora en un tris.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros. (Escrito en verso sobre el pensamiento de una novela) (Tercera edición.)

Los inútiles.—Revista cómico-lírica, en un acto y seis cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto. (Cuarta edición.

Muevles husados.—Sainete lírico, en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

Apuntes del natural.—Cuadro cómico-lírico pictórico, en un acto y cinco cuadros. Original y en verso. Música del maestro Rubio. (Tercera edición)

Certamen Nacional.—Proyecto cómico-lírico, en un acto y cinco cuados. Original y en verso. Música del maestro Nieto. (Séptima edición.)

La cruz blanca.—Zarzuela de gran espectáculo, en un acto y cinco cuadros. (Escrito en prosa y verso sobre el pensamiento de una novela.) Música de Brull. (Sexta edición.)

Las dos madejas.—Juguete comico-lírico, en un acto. Original y en verso. Música del maestro Estellés.

Liquidación general.—Almoneda cómico-lírica-fantástica, en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

Los Primaveras.—Revista cómico-lírica, en un acto y seis cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

Las tres B B B.—Revista en un acto y cinco cuadros. Original y en verso. Música del maestro Rubio.

Al otro mundo!—Pasillo cómico-lírico, en un acto. Original y en verso. Música de los maestros Marqués y Reig.

La de Roma.—Juguete cómico-lírico, en un acto. Original y en verso. Música del maestro Reig.

Misa de Requiem—Sainete lírico, en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

Muestras sin valor.—Revista en un acto y cuatro cuadros. Música del maestro Nieto.

El diamante rosa.—Zarzuela de gran espectáculo, en dos actos y diez cuadros. (Escrita en verso sobre el pensamiento de una novela.) M. del maestro Marqués. (Segunda edic.)

Las alforjas.—Zarzuela cómica en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

Los belenes.—Sainete lírico, en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto. (Segunda edición.)

Hotel 105.—Sainete lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Estellés.

¡El primero!—Sainete lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto.

Entrar en la casa—Juguete cómico-lírico, en un acto. Original y en verso. Música del maestro Valverde (hijo.)

¡Los dos millones!—Extravagancia cómico-lírica, en un acto y cinco cuadros, en verso. (Arreglo de una obra francesa.) Música del maestro Nieto.

Amores Nacionales.—Apuntes para un viaje, en un acto y seis cuadros. Original y en verso. Música de los maestros Marqués y Nieto. (Segunda edición.)

El Cañón.—Zarzuela de gran espectáculo en tres actos y nueve cuadros. Original y en verso. Música del maestro Marqués.

La Salamanquina.—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música del maestro Marqués. (Segunda edición.)
El novio de su señora.—Juguete cómico-lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Valverde (padre).
El Cervecero—Zarzuela cómica en un acto y dos cuadros. Original y en verso. Música del maestro Valverde (hijo).
La Cencerrada.—Zarzuela cómica en un acto. Original y en verso. Música del maestro Giménez.
Las Mariposas.—Zarzuela cómica en un acto Original y en verso. Música del maestro Marqués.
Las varas de la justicia.—Zarzuela cómica en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto
El Cornetilla.—Zarzuela cómica en un acto. Original y en verso. Música del maestro Marqués. (Segunda edición.)
El Abate San Martín.—Zarzuela en un acto y dos cuadros. Original y en verso. Música del maestro Marqués.
El hijo del amor.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música del maestro Rubio.
Los Bomberos.—Juguete cómico-lírico en un acto y en verso (Arreglo de una obra francesa.) Música del maestro Valverde (hijo.)
Calar un novio.—Juguete cómico en acto y en verso. (Escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.)
Alcázar.—Juguete cómico en un acto y en verso. Arreglo del francés.)
El Sábado.—Sainete lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Nieto.
Roberto el diablo.—Zarzuela cómica en un acto. Original y en verso. Música de los maestros Rubio y Estellés.
El Testarudo.—Viaje cómico-lírico de gran espctáculo en un acto y seis cuadros y en verso. (Escrito sobre el pensamiento de una novela.) Música de los maestros Brull y Estellés. (Segunda edición.)
Los amigos de Benito.—Zarzuela cómica en un acto y en verso. (Arreglo del francés.) Música del maestro Santonja.
La Maja.—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto. (Segunda edición.)
Se alquila un padre.—Juguete cómico en un acto. Original y en verso.
Pedro Jiménez.—Comedia en dos actos y en prosa.
El Gaitero.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto.
Cuadros disolventes.—Apropósito cómico-lírico-fantástico inverosímil, en un acto y cinco cuadros. Original, en verso y prosa. Música del maestro Nieto.
El Saboyano.—Zarzuela en un acto dividido en cuatro cuadros. Original y en verso. Música de los maestros D. Manuel Fernández Caballero y D. Manuel Chalons.

Trastos viejos.—Juguete cómico en un acto, verso. Original.
Madrid de noche.—Silueta cómica-lírica en un acto y nueve cuadros Original, en prosa y verso. Música del maestro Joaquín Valverde (hijo.)
El petrolero.—Juguete cómico en dos actos y en prosa.—Original.
Las españolas.—Portfolio cómico-lírico de gran espectácuio en un acto y siete cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto
El Seminarista.—Zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Nieto.
Pepe Gallardo.—Zarzuela cómica en un acto y dos cuadros. Original y en verso. Música del maestro D. Ruperto Chapí. (Cuarta edición.)
La Batalla de Tetuán.—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros. Original en prosa. Música del maestro Valverde, hijo.
Bettina.—Juguete cómico lírico en un acto. Original y en prosa. Música del maestro Valverde, hijo.
El clavel rojo.—Zarzuela en tres actos y siete cuados. Música del maestro Bretón.
La Chiqueta bonica.—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros. Original y en verso. Música del maestro Nieto.
El traje de boda.—Sainete lírico en un acto y tres cuadros. Original en prosa y en verso. Música de los maestros Rubio y Lleó.
El Testamento del Siglo.—Apropósito en un acto y cuatro cuadros. Original y en verso. Música de los maestros Caballero y Nieto.
La señá Frasquita.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros. Original y en prosa. Música del maestro D. Ruperto Chapí.
Don Gonzalo de Ulloa.—Zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Rubio.
El guante blanco.—Juguete cómico en dos actos y en prosa.
El juicio oral.—Proceso cómico-lírico en un acto dividido en cinco cuadros. Original en verso y prosa. Música del maestro Rubio. (Tercera edición.)
El barbero de Sevilla.—Zarzuela cómica en un acto dividido en tres cuadros. Original y en prosa. Música de los maestros Nieto y Giménez. (Tercera edición.)
Correo interior.—Apropósito cómico-lírico en un acto, dividido en cinco cuadros Original en prosa y verso. Música de los maestros Nieto, Cereceda y Giménez.
La Soleá.—Juguete cómico-lírico en un acto. Original y en prosa. Música de Mario Fernández de Lapuente.
Enseñanza libre.—Apropósito cómico-lírico en un acto y cinco cuadros. Original. Música del maestro Giménez. (Cuarta edición).
La manta zamorana.—Zarzuela en un acto y en prosa. Original. Música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

La torre del Oro.—Zarzuela en un acto, en prosa y verso Original. Música del maestro Giménez. (Segunda edición.)
El morrongo.- Entremés lírico (cuasi parodia). Música del maestro Giménez. (Segunda edición.)
Cuadros vivos. - Pasatiempo cómico-lírico en un acto dividido en cuatro actos. Original. Música del maestro Chapí.
La morenita.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cuatro cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Giménez.
El General.—Entretenimiento cómico-lírico en un acto dividido en dos cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Giménez.
El trueno gordo.—Parodia cómico lírica-política en un acto dividido en cuatro cuadros. Música del maestro Giménez.
La Camarona.—Zarzuela cómica en un acto dividido en tres cuadros. Música del maestro Giménez. (Segunda edición.)
El automóvil, mamá.—Juguete cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Original. Música de los maestros Calleja y Lleó.
Bohemios.—Zarzuela en un acto dividido en tres cuadros. Música del maestro Vives. (Séptima edición.)
El Húsar de la Guardia.—Zarzuela en un acto dividido en tres cuadros. Música de los maestros Giménez y Vives. (Segunda edición).
Cascabel.—Opereta cómica en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Giménez.
La Libertad.—Zarzuela en tres actos, divididos en seis cuadros. Música de los maestros Giménez y Vives.
La Favorita del Rey.—Opereta cómica en un acto, dividido en tres cuadros. Música del maestro Vives.
Las Granadinas.—Sainete en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en prosa. Música de los maestros Giménez y Vives.
La Reina.—Sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros. Original. Música del maestro Chapí.
¡Libertad!—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. Refundida. Música de los maestros Giménez y Vives.
El rey del petróleo.—Viaje extravagante en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa. Música del maestro Chapí.
La venta de la Alegría.—Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Giménez.
El diablo verde.—Opereta cómica en un acto dividido en cuatro cuadros. Original y en prosa Música de los maestros Giménez y Vives.
La Mariflores.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Nieto.
Cinematógrafo Nacional.—Revista en un acto, dividido en siete cuadros. Original. Música del maestro Giménez. (Segunda edición.)

La bandera Coronela.—Opereta en un acto, dividido en dos cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Giménez.

La cabeza popular.—Opereta en un acto, dividido en tres cuadros. Original y en prosa. Música del maestro Rafael Calleja.

Pepita López.—Juguete cómico-lírico en un acto. Música del maestro Calleja.

Los madrileños;—Zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros. Música del maestro Chapí.

El Doctor Mendoza.—Comedia en un acto. Original y en prosa.

Obras de Guillermo Perrín

Católicos y Hugonotes.—Drama en un acto. Original y en verso.

Monomanía musical.—Juguete cómico-lírico en un acto. Original y en verso Música del maestro Nieto. (Segunda edición.)

La esquina del Suizo.—Sainete en un acto. Original y en verso.

Cambio de habitación.—Juguete cómico en un acto. Original y en verso.

Mundo, demonio y demás.—Juguete cómico en dos actos. Original y en verso.

El faldón de la levita.—Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Música del maestro Hernández.

El gran turco.—Juguete cómico-lírico en un acto. Original y en verso. Música del maestro Hernández.

Colgar el hábito.—Juguete cómico en un acto. Original y en verso

Los empecinados.—Zarzuela en dos actos y cuatro cuadros. Original y en verso. Música del maestro Brull.

La cuna.—Zarzuela en un acto. Original y en verso. Música del maestro Chapí. (Segunda edición.)

Obras de Miguel de Palacios

Por una equivocación.—Juguete cómico en un acto. Original y en prosa.

Pancho, Paco y Paquita.—Juguete cómico en un acto. Original y en prosa

La esclava de su deber.—Drama en dos actos. Original y en verso.

Modesto González.—Juguete cómico en un acto. Original y en prosa.

Bocetos madrileños.—Revista en un acto y cuatro cuadros. Original y en verso. Música del maestro Muñoz Lucena.

Precio: UNA peseta